

## CULTURA



## EN PRIMERA FILA

## JOSÉ MARÍA POU

Actor y director

Es un animal de la escena. Un intérprete incombustible en la línea de los mejores actores de Europa. Dirige dos teatros: La Latina (Madrid) y el Goya (Barcelona). Escribe columnas. Ha sido Orson Welles en los dos últimos años. Y prepara dos nuevas obras como protagonista, 'Llama a un inspector' y 'Hong Kong Haddock'. Pero su vocación es la radio.

## «El teatro es la tribuna de la gran catarsis»

**ANTONIO LUCAS**  
Trae en el andar un ligero vaivén de gigante. El jersey rojo de pico. La barba terciada de ogro bueno. La mirada hospitalaria sobre el almohadón de las ojeras. José María Pou: 195 centímetros de altura dándose cuerda con las palabras, con esa cierta prisa de los hombres a los que la actividad desaforada les produce una gran calma.

Subimos escaleras en el Teatro La Latina; bajamos escaleras del Teatro La Latina, del que es director. Y al final hacemos nido en el peluche del entresuelo, al calor de unos focos que van dejando una luz propicia y maquinal que nos asesta un algo de personajes en busca de autor.

José María Pou es el teatro, el signo evidente de una vida hecha para esto. La pasión se le desborda a cada rato. Y en el canto del asiento está como a punto de ser disparado hacia cualquier parte, como un hombre bala en posición de salida, quiero decir. El teatro es el único dios verdadero para este hombre capaz de llenar un escenario con un movimiento de cejas. Debutó en 1968. En Madrid. Y no es de la generación de los cómicos de la legua, con jubón y calzas de seda, sino de la de aquellos que encontraron en el oficio una forma de hacer palanca contra la casposa berrea tardofranquista.

– El teatro ha sido siempre una herramienta política. Si alguna razón tiene es la de ser tribuna para produ-

de quemar el palacio de El Pardo... Yo he pasado por todo eso... Pero con el tiempo te das cuenta de que tampoco hay que cargar al teatro con excesivas responsabilidades. Sobre todo es una tribuna de reflexión. Hoy ya no tiene mucho sentido esa forma de arenga de entonces. Ahora debemos hacerlo con más sutileza.

– Y con renovada contundencia...  
– Una combinación de ambas cosas. En esta sociedad tenemos los sentidos bombardeados. Basta con ver un telediario. El público necesita otra cosa. Tenemos que agitarlo, hacerle pasar de la emoción a la conmoción. Que se quede sin aire ante lo que está viendo. El teatro tiene que ser invasivo, pero no impositivo.

Lo escuchas a esa velocidad con la que va ensartando palabras vivas, palabras en llamas, palabras, y parece que tiene algo de enigma tunelado de fuerza expresiva. No es de esos que muestran a cada paso el bordado lírico de sus saberes. No. José María Pou abre en canal el mediodía para meterle ideas dentro, proyectos, sospechas, intuiciones, recuerdos, con algo de buen salvaje. Y cuando uno se da cuenta ya está vi- viendo dentro de ese camarín hecho de idioma inflamable donde Pou va montando su arrebato escénico.

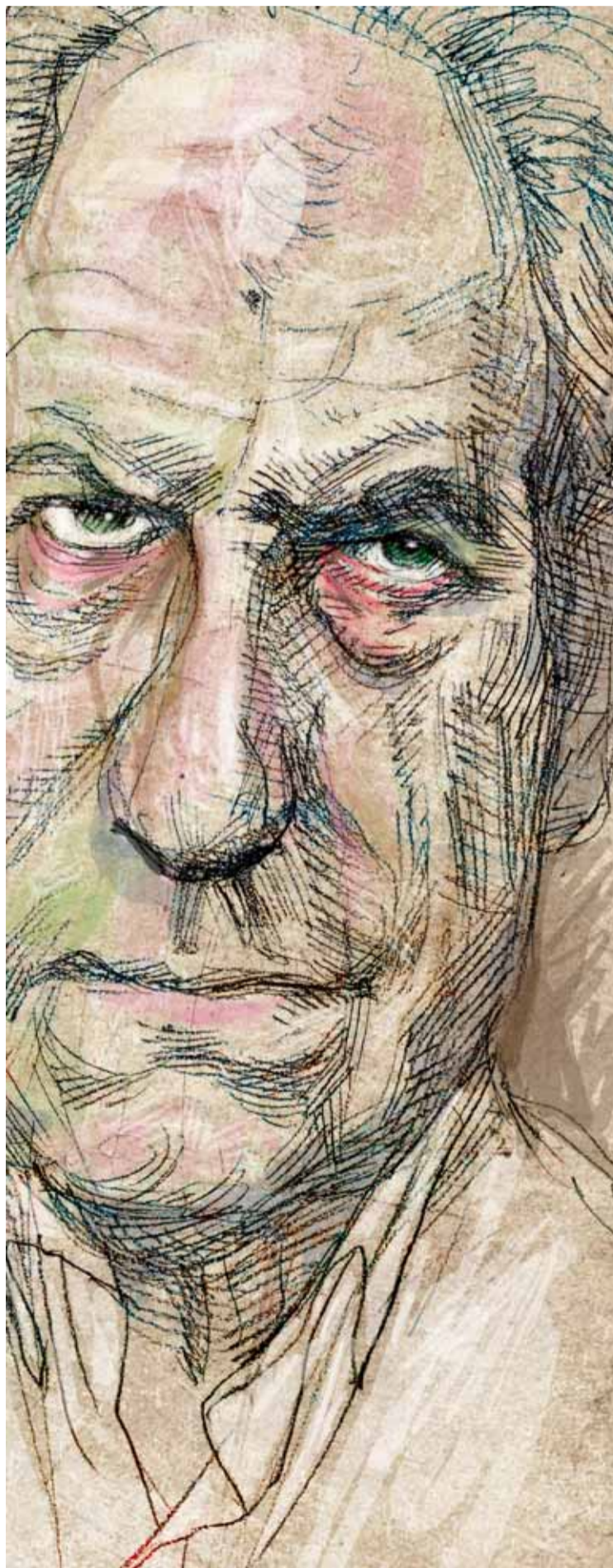
Este actor se bautizó en Shakespeare después de 35 años en los teatros con un prodigioso *Rey Lear* perpetrado en colaboración con Calixto Bieito. Mereció la pena esperar. Este licántropo del oficio, parido en 1944 en Mollet del Vallés (Barcelona), capaz de injertar los personajes que interpreta en quien le mira cada tarde, iba en verdad para periodista de radio.

A los 14 años ponía a la muchachada de la Universidad Laboral de Tarragona discos *rockabilles* que desembarcaban los *marines* en la base norteamericana de Morón. Consiguió que le dejaran radiar esta música del diablo en uno de los epicentros educativos más reaccionarios de Cataluña.

– Mi padre me llevó allí con la mejor de las intenciones porque daban becas a hijos de obreros. Considero que era una alternativa favorable. Yo vengo de una familia de clase media venida a menos, pero donde siempre hubo un clima propicio a los libros y al teatro. La Laboral era un foco de falangismo horrible y aún no sé cómo conseguí que me dejaran hacer aquel programa de radio. Había ya en mí unas ganas irrefrenables de comunicar.

– ¿Y el teatro?  
– Nunca me planteé dedicarme a esto. Fue una casualidad.

Pero llegó a Madrid. Se matriculó en la Escuela de Arte Dramático. Conoció al maestro José Luis Alonso y



ULISES

aquel proyecto de locutor fue asumiendo la feliz metamorfosis de confeccionarse como uno de los mejores actores de teatro en Europa (aun así, durante 15 años mantuvo en RNE el programa *La calle 42*, junto a Concha Barral, dedicado al teatro musical). «A José Luis Alonso se lo

debo todo. Todo. Estuve tres años con él en la compañía del María Guerrero y eso me hizo actor, definitivamente», exclama.

Estamos en el entresuelo del teatro y sobre el escenario se oye a Concha Velasco atendiendo televisiones. Por un momento, la voz de

Pou y la Velasco zurean en esta embocadura de templo vacío. «¿Sabes? En estos momentos de crisis el espectador va al teatro porque necesita saber que no está solo. Requiere de esa complicidad colectiva, respirar un mismo aire. Y sirve como bálsamo».

– También en el cine.

– Pero no es lo mismo. Qué va. Aquí hay emoción viva. El cine es acción mecánica, que también comporta sus emociones, claro, pero... El trabajo de un actor de teatro implica ser cuestionado a cada segundo que pasa en el escenario. Eso provoca en nosotros una sana inestabilidad que obliga a conquistarnos también a nosotros mismos. Sólo así puedes vencer al espectador. Hay momentos ahí encima en que te sientes Dios.

Lo dice un agnóstico que ha aprendido más de la profesión en el patio de butacas que tras el telón. «He gastado mucho dinero en ir a ver teatro a todos sitios. Es mi manera de aprender. He visto a Ingrid Bergman, a Henry Fonda, a James Stewart...», informa.

No es un actor evidente, a pesar de su rotundidad inmediata, sino un tipo capaz de hacer el dobladillo por dentro a los personajes, de cargarlos de ese enigma que él lleva como un agua oscura que baña las muñecas. Vamos a hablar del mundo.

– La edad ha conseguido que deje de ser ingenuo. Hasta mis treinta y tantos años creía que los jueces decidían serlo porque eran tíos cojonudos. Igual que los médicos. Y los abogados... Hasta el día en que descubrí que un juez podía ser un sinvergüenza. Y que un médico podía carecer de toda ética y no tener ni puta idea de su profesión. Esos descubrimientos acabaron con el niño que yo era... Cada día el baúl de las decepciones es mayor.

– Hay motivos.

– Vivimos un momento brutal. Dirigidos por abstracciones perversas que denominamos mercados y que han arrebatado el poder a los políticos. Hay que luchar contra eso. Este estado de angustia es muy nocivo.

– Por desconcertante.

– Claro. Provoca malos movimientos. Atrae la aparición de salvadores de la patria y demás indeseables.

– ¿De qué sirve hoy el teatro?

– Para saber que no estas solo.

El teatro consiste en que un señor le diga a otro señor que es el rey de Francia y ambos jueguen a creérselo. «¡Es la hostia!», ataja Pou. Y pone en pie sus 195 centímetros de hombre, de actor, de ogro bueno. Sus 195 centímetros de máscaras asumidas que desembocan en un sólo talento. Bajo la luz mecánica del foco.

**OFICIO.** «El trabajo de un actor de teatro implica ser cuestionado a cada segundo que pasa en el escenario»

**PRESENTE.** «Este momento de incertidumbre que atravesamos atrae la aparición de salvadores de la patria y demás indeseables»

cir la catarsis y a través de la reflexión del público renacer de un modo nuevo. He pasado por muchas etapas de esta profesión desde que debuté hace más de 40 años. Por ejemplo, aquellos días en los que pensábamos que desde el teatro podíamos ayudar a derribar la dictadura... Yo era un militante acérrimo de eso.

– ¿Lo creyeron de verdad?  
– Al menos se intentaba. Viví con pasión los días de las teorías *brechtianas*, que rechazaban las emociones y proponían un distanciamiento hacia todo. Había que lanzar consignas para inflamar al espectador y que saliese a la calle con ganas

**ORBYT.es**

>Vea hoy en Orbyt un fragmento de la charla con José María Pou.